

**Bosquejo de los mensajes
para el Entrenamiento de Tiempo Completo
del semestre de otoño del 2023**

**TEMA GENERAL:
LOS PUNTOS CRUCIALES DE LA VERDAD EN LAS EPÍSTOLAS DE PABLO:
1 CORINTIOS**

Mensaje seis

**Ser colaboradores de Dios para la iglesia
como labranza de Dios y edificio de Dios**

Lectura bíblica: 1 Co. 3:6-7, 9, 12, 16-17; 15:58; 16:10

I. “Nosotros somos colaboradores de Dios, y vosotros sois labranza de Dios, edificio de Dios”—1 Co. 3:9; Jn. 5:17; 2 Co. 6:1a:

- A. De forma corporativa, nosotros quienes somos la iglesia de Dios tenemos a Cristo como semilla de vida plantado en nosotros; Cristo debe crecer en nosotros y producir a partir de nosotros no fruto, sino materiales preciosos, esto es, el oro, la plata y las piedras preciosas para edificar la habitación de Dios en la tierra.
- B. Nuestro crecimiento en vida edifica la iglesia como Cuerpo de Cristo, y esto se efectúa por el crecimiento de Cristo como semilla divina de vida en nuestro interior—1 Jn. 3:9; 1 P. 1:23; Col. 2:19; Ef. 2:21; 4:15-16:
 - 1. Dios causa el crecimiento de la iglesia por medio de que los miembros de Cristo se alimenten de la leche dada sin engaño y del alimento sólido de la palabra—1 Co. 3:2; 1 P. 2:2; He. 5:12-14; Jn. 5:39-40; Mt. 4:4; Jer. 15:16.
 - 2. Dios causa el crecimiento de la iglesia por medio de que los miembros dotados rieguen el Cuerpo de Cristo—1 Co. 3:6; Jn. 7:37-39.
- C. Como labranza de Dios donde se planta, se riega y se cultiva, la iglesia debería producir plantas, sin embargo, los materiales apropiados para la edificación de la iglesia son el oro, la plata y las piedras preciosas, lo cual implica transformación; no sólo necesitamos crecer en vida, sino también ser transformados en vida—1 Co. 3:6-7, 9, 12a; 2 Co. 3:18; Ro. 12:2:
 - 1. Ser transformados consiste en que el Cristo pneumático, Cristo en resurrección como Espíritu vivificante, sea impartido y forjado en nuestra alma para reemplazar lo que somos en la vida natural, a fin de que Cristo aumente y nuestra vida natural mengüe—1 Co. 15:45; 2 Co. 3:17-18; Ef. 3:17a.
 - 2. La transformación no es una corrección o enmienda externa, sino la función metabólica de la vida de Dios en nosotros al añadirse el elemento de la vida divina de Cristo a nuestro ser a fin de que expresemos externamente la imagen de Cristo.
 - 3. El proceso de transformación es tanto orgánico como metabólico; es orgánico porque está relacionado con la vida, y es metabólico porque está relacionado con un proceso en el cual los elementos viejos son desechados y los elementos nuevos son añadidos—Ro. 5:10:
 - a. A fin de mantenernos en el proceso de ser transformados, necesitamos disfrutar el pastoreo continuo por parte del Señor hasta el fin de nuestros días: “El Dios que me ha pastoreado toda mi vida hasta este día”—Gn. 48:15b; Sal. 23:1; 1 P. 2:25; Ap. 3:7-8.

- b. A fin de mantenernos en el proceso de ser transformados, necesitamos contemplar el rostro de Dios (Gn. 32:30, Peniel; 2 Co. 3:18; 4:6-7), buscar Su rostro (Sal. 27:8, 4) y disfrutar Su rostro como suministro para nuestro servicio (Éx. 25:30; 33:11a), al hacerlo todo en el rostro, la persona, de Cristo para nuestra transformación de gloria en gloria (2 Co. 2:10; 3:18).
- D. El oro, la plata y las piedras preciosas están relacionados con el Dios Triuno, esto es: con la naturaleza del Padre, la obra redentora del Hijo y la obra transformadora del Espíritu; éstos representan las diferentes experiencias que tenemos de Cristo en las virtudes y los atributos del Dios Triuno, y son los productos de nuestro disfrute de Cristo—1 Co. 3:12a; 15:45; 6:17.
- E. Estamos llegando a ser oro, plata y piedras preciosas para el edificio de Dios; a fin de edificar con estos materiales, nosotros mismos debemos estar constituidos de ellos; necesitamos estar constituidos de la naturaleza del Padre, la redención del Hijo y la transformación del Espíritu—3:12.
- F. También necesitamos aprender a coordinar con el Espíritu transformador a fin de perfeccionar a los santos ministrándoles el Dios Triuno como oro, plata y piedras preciosas de modo que sean transformados por los atributos del Dios Triuno que son forjados en ellos hasta llegar a ser sus virtudes; esto se describe en El Cantar de los Cantares 1:10b-11:
 1. Después que los que aman a Cristo entran en la vida de iglesia, ellos comienzan a ser transformados por la obra del Espíritu que los rehace—vs. 9-16a; 2:1-2.
 2. En esta obra transformadora se requiere la coordinación de algunos “transformadores”, esto es, aquellos que perfeccionan, quienes ayudan a los buscadores a conocer a Dios en Su naturaleza y experimentar a Cristo—1:11; Ef. 4:11-12.

II. Con miras a nuestro crecimiento en vida y transformación en vida, debemos cooperar con el Cristo que mora en nosotros al tomar medidas con respecto a nuestro corazón; el corazón es el conglomerado de las partes internas del hombre, el principal representante del hombre, su agente en funciones:

- A. Nuestro corazón es una composición formada de todas las partes de nuestra alma —la mente, la parte emotiva y la voluntad (Mt. 9:4; He. 4:12; Jn. 14:1; 16:22; Hch. 11:23)— más una parte de nuestro espíritu: la conciencia (He. 10:22; 1 Jn. 3:20).
- B. Nuestro corazón con la condición en que se encuentre delante de Dios se relaciona de manera orgánica, intrínseca e inseparable con la condición en que se encuentren nuestro espíritu, alma y cuerpo delante de Dios:
 1. Ejercitar el espíritu sólo funciona cuando nuestro corazón está activo; si el corazón del hombre es indiferente, el espíritu queda encarcelado en su interior y no puede manifestar su capacidad—Mt. 5:3, 8; Sal. 78:8; Ef. 3:16-17; Ap. 3:14-22; Dt. 4:25 y la nota 1.
 2. El alma es la persona misma, mientras que el corazón es la persona en acción; el corazón es el agente en funciones, el comisario en funciones, de todo nuestro ser.
 3. Las actividades y movimientos de nuestro cuerpo físico dependen de nuestro corazón físico; del mismo modo, nuestro vivir diario, la manera en que actuamos y nos comportamos, depende de la clase de corazón psicológico que tengamos.
- C. El corazón es la entrada y la salida de la vida, el “interruptor” de la vida; si el corazón no está bien, la vida en el espíritu enfrenta obstáculos, y la ley de vida no puede operar libremente y sin impedimentos para alcanzar cada parte de nuestro ser; aunque la vida posee gran poder, este gran poder es controlado por nuestro pequeño corazón—Pr. 4:23; Mt. 12:33-37; cfr. Ez. 36:26-27.

III. Necesitamos cooperar con el Señor para nuestro crecimiento y transformación en vida al tomar medidas con respecto a nuestro corazón a fin de que sea guardado con las siguientes cuatro características:

A. Dios quiere que nuestro corazón sea suave:

1. Cuando Dios aplica Su trato a nuestro corazón, Él quita de nuestra carne el corazón de piedra y nos da un corazón de carne, un corazón suave—v. 26.
2. Ser suave significa que nuestro corazón es sumiso y cede ante el Señor, que no es de dura cerviz ni rebelde—cfr. Éx. 32:9.
3. Un corazón suave es la buena tierra en la cual Cristo puede crecer libremente; es un corazón que no ha sido endurecido por el tráfico mundano, que no busca su propio beneficio y que está libre de las preocupaciones de este siglo y del engaño de las riquezas—Mt. 13:3-9, 18-23.
4. Dios suaviza nuestro corazón al usar Su amor para conmovernos; si el amor no puede conmovernos, Él utiliza Su mano por medio del entorno a fin de disciplinarnos hasta que nuestro corazón se vuelva suave—2 Co. 5:14; 4:16-18; He. 12:6-7; cfr. Jer. 48:11.

B. Dios quiere que nuestro corazón sea puro:

1. Un corazón puro es un corazón que ama a Dios y desea a Dios; además de Dios, no tiene ningún otro amor, interés ni deseo—Sal. 73:25; cfr. Jer. 32:39.
2. Nuestro corazón debería ser sencillo para con Dios, de modo que no tengamos temor de nada, excepto ofenderlo a Él y perder Su presencia—Sal. 86:11; Is. 11:1-2.
3. Ser puros de corazón consiste en tener como única meta hacer la voluntad de Dios para la gloria de Dios (Mt. 5:8); nuestra meta debería ser disfrutar plenamente a Cristo y ganarlo a Él (Fil. 3:7-14).
4. Debemos ir en pos de Cristo “con los que de corazón puro invocan al Señor”—2 Ti. 2:22; 1 Ti. 1:5; Sal. 73:1.

C. Dios quiere que nuestro corazón sea amoroso:

1. Un corazón amoroso es un corazón cuya parte emotiva ama a Dios, desea a Dios, tiene sed de Dios y anhela a Dios, al tener una relación personal, afectuosa, privada y espiritual con el Señor—42:1-2; Cnt. 1:1-4.
2. Debemos volver nuestro corazón al Señor una y otra vez y dejar que sea renovado continuamente a fin de que nuestro amor para con el Señor sea nuevo y fresco—2 Co. 3:16; *Himnos*, #255; *Hymns*, #547.
3. Toda experiencia espiritual comienza con amor en el corazón; si no amamos al Señor, es imposible obtener alguna experiencia espiritual—Ef. 6:24; Ap. 2:4-5.
4. Nuestro amor por el Señor nos hace aptos, nos perfecciona y nos equipa para hablar por el Señor con Su autoridad; si amamos al Señor al máximo, seremos llenos de Él y Él rebosará de nosotros—Jn. 21:15-17; Mt. 26:6-13; 28:18-20.

D. Dios quiere que nuestro corazón esté en paz:

1. Un corazón en paz es aquel en el cual la conciencia está libre de ofensas, condenación o reproches—Hch. 24:16; 1 Jn. 3:19-21; He. 10:22.
2. Si confesamos nuestros pecados a la luz de la presencia de Dios, recibiremos Su perdón y Su limpieza de modo que podamos disfrutar una comunión ininterrumpida con Dios al tener una conciencia buena y pura—1 Jn. 1:7, 9; 1 Ti. 1:5; 3:9.
3. El resultado de practicar tener comunión con Dios en oración es que disfrutamos la paz de Dios, la cual en realidad es Dios mismo como paz que guarda nuestros corazones y nuestros pensamientos en Cristo, y nos mantiene calmados y tranquilos—Fil. 4:6-7.

4. Necesitamos permitir que la paz de Cristo sea el árbitro en nuestros corazones perdonándonos unos a otros a fin de vestirnos de un solo y nuevo hombre—Col. 3:13-15.

IV. Guardar nuestro corazón en una condición en la cual es suave, es puro, es amoroso y está en paz nos salva de edificar con materiales sin valor, esto es, la madera (la naturaleza del hombre natural), la hierba (el hombre caído, el hombre de la carne) y la hojarasca (la ausencia de vida); edificar con estos materiales es cometer la iniquidad del santuario; esto es estropear la iglesia como templo Dios, edificio de Dios—Nm. 18:1; 1 Co. 3:12b, 16-17:

- A. Hay pecados que cometemos en nuestra vida diaria, pero es posible que un obrero del Señor cometa otras clases de pecados; éstos son los pecados cometidos en la obra de Dios; pecar en la obra significa ofender a Dios en Su santidad, gloria y soberanía; en la obra de Dios todo lo que es incompatible con la voluntad de Dios es un pecado y es una iniquidad del santuario.
- B. Existen tres consideraciones muy importantes en la obra de Dios que nunca deberíamos olvidar; si fracasamos en cualquiera de estos tres puntos, cometemos una iniquidad contra el santuario:
 1. La iniciación de la obra de Dios debe ser conforme a Su voluntad; ninguna obra puede ser iniciada por nosotros mismos—Ro. 11:36.
 2. El avance de la obra de Dios debe ser conforme a Su poder; ninguna obra puede llevarse a cabo por nuestras propias fuerzas—Hch. 1:8; Zac. 4:6; Fil. 4:13; 2 Ti. 2:1.
 3. El resultado de la obra de Dios debe ser para Su gloria; ninguna obra debe resultar en nuestra propia gloria—Jn. 7:18; 17:4; Ef. 3:21; 1 Co. 10:31; Is. 43:7; 2 Co. 4:5.

V. Necesitamos aspirar continuamente a ser colaboradores de Dios que “hace[n] la obra del Señor” (1 Co. 16:10) y “abunda[n] en la obra del Señor” (15:58) al permitir que Cristo se forje en nosotros (Ef. 3:17a) a fin de que Él crezca en nosotros (Col. 2:19), nos transforme (2 Co. 3:18) y fluya de nosotros (Jn. 7:37-38) para forjarse en otros con miras a la iglesia como labranza de Dios, el edificio de Dios (1 Co. 3:9).